

Re menor



Andrea Rodés

Publicada 5 abril 2025 00:03h

Tengo **la mala suerte** de ser el único miembro de mi familia, a excepción de mi madre, con escaso oído musical e incapaz de tocar bien un instrumento. Hasta 8º de EGB di clases de piano como extraescolar en el colegio, pero al pasar al instituto tuve una profesora particular, la **Conxita**, una señora muy alegre que vivía con su hijo y un perro tuerto que me ladraba nada más entrar por la puerta de su casa, que **un día me invitó muy educadamente a abandonar las clases**. “No sé si es lo tuyo”, me soltó, insinuando mi falta de talento y mi poca predisposición a estudiar.

Ofendida, le respondí que entonces me pasaría a la guitarra, un instrumento aparentemente más fácil. La pobre mujer entornó los ojos y aceptó mi propuesta, sin imaginar que en realidad **era una excusa para poder seguir viendo a su hijo**.

Durante los meses siguientes, la Conxita siguió recibéndome en su casa los sábados por la mañana para enseñarme a tocar los tres acordes básicos —la, mi, re— y acompañar con ellos canciones populares como *La Trinca*, *Obladí Obladà* o *Trobarem a faltar el teu somriure*, que yo entonaba fatal. De hecho, **sonaba todo tan mal que al llegar el verano decidí tirar la toalla** y aceptar que la música nunca sería mi fuerte.

Que no se me dé bien la música no significa que no la disfrute, o que no me llegue. Recuerdo que cuando tenía nueve o diez años me pasé un verano entero escuchando en bucle el *Concierto para piano y orquesta nº11 en re mayor* de Haydn en mi Walkman.

Mi padre tenía en casa un montón de cassettes amarillos de la *Deutsche Grammophon*, mezclados con sus propias grabaciones de conciertos, cuyos títulos anotaba en el reverso con su letra pequeña y angulosa, y yo me había propuesto escucharlos todos.

Por algún motivo, **ese concierto de Haydn me llegaba** —y me sigue llegando— al alma, me hacía sentir un nudo en el estómago, me emocionaba, igual que cuando más adelante mi primero novio me puso las *Suites de Orquesta* de Bach, cuando a través de la novela *Jóvenes Talentos*, de Nikolai Grozni (Libros del Asteroide, 2012) descubrí la *Balada Nº2 en Fa Mayor* de Chopin, o cuando mi padre me hacía escuchar a todo volumen el *Réquiem* de Mozart o alguna sinfonía de Beethoven.

“La capacidad de la música para participar, en su respiración, de la presencia de algo que pertenece a una naturaleza trascendente, divina, confiere al discurso musical la posibilidad de asumir la categoría de revelación”, escribe Josep Maria Gregori en su libro más reciente, *De Orfeo a Monteverdi. Ensayos sobre música, inspiración, mito y sacralidad* (Fragmenta, 2024).

En este ensayo, docto y claro, **el reconocido musicólogo y académico de la UAB defiende la idea de que los grandes compositores parten de una mirada trascendental a la hora de crear música**, es decir, su inspiración tiene un carácter espiritual, que va más allá de lo mundano, y “esa impregnación energética” es lo que consigue que nos emocionemos con su música. Siempre y cuando no la toque yo, por supuesto.